

## Sección Especial

### Estudios Generales: tejiendo recuerdos que nos acercan a una historia de 75 años

#### Diciembre incontenible

Iván Molina Jiménez  
Historiador y Catedrático  
7 de mayo de 2015

Al inicio de *Something Wicked This Way Comes*, una novela de Ray Bradbury publicada en 1962, el narrador señala que hay meses buenos y malos para los muchachos, que el peor mes es aquel en el que las lecciones comienzan, y que el mejor es cuando el ciclo escolar termina, las puertas de la escuela se cierran y el retorno a clases está a un millón de años de distancia. Cuando empecé a leer por vez primera ese libro, allá por 1978, pensé: “¡qué escritor más extraordinario, en 1962 describió ya lo que yo iba a sentir a finales de noviembre de 1967, cuando terminé el primer grado de escuela”. Poco después, constaté que Bradbury no estaba solo en esas audaces inquietudes. El gran poeta gaditano, Rafael Alberti, al evocar sus días infantiles en *Retornos de lo vivo lejano* (1952), decía de aquel quien él una vez fuera:

“Las horas prisioneras en un duro pupitre  
lo amarran como un pobre remero castigado  
que entre las paralelas rejas de los renglones  
mira su barca y llora por asirse del aire”.

No es que el paso por la escuela y el colegio fuera una experiencia especialmente traumática para mí, sino que, mientras permanecía en el aula, siempre supe que allá afuera había todo un mundo por descubrir: el de la calle, con sus riesgos y peligros

La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](#) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](#). Para más información envíe un mensaje a [revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr](mailto:revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr)

ciertamente, pero también con sus placeres y maravillas. La fuerte asociación que construí –sin la ayuda de Foucault– entre permanecer en clase y estar preso, empezó a desaparecer al comenzar el ciclo lectivo en la Universidad de Costa Rica (UCR), en marzo de 1978. Un día, sentado en el pretil que está al frente del edificio de Estudios Generales, comprendí que era lo que había cambiado en mí: por vez primera, desde marzo de 1967, me sentía como un prisionero liberado.

En mi época de escolar y colegial, debía dedicar entre 30 y 35 horas por semana a estar cautivo en un pupitre; en contraste, en ese primer semestre en la UCR, mis clases sumaban apenas unas 20 horas semanales. Fue en este nuevo contexto, en el que disponía de mucho más tiempo libre para mis propios asuntos, que cursé los Estudios Generales. Matriculé la opción de Seminario Participativo, los martes y viernes en la mañana, y tuve entre mis profesores a Raúl Torres, Sara Chinchilla, Belén Lagos, Susana Trejos y William Ortiz (Apreciación de Cine). De ellos, mi relación más cercana fue con Susana, quien dirigió la tesina que iba a ser elaborada por el equipo de estudiantes del que yo formaba parte.

Generales fue una experiencia interesante y desafiante para mí. Por un lado, el grupo en el que me matriculé estaba conformado mayoritariamente por personas que provenían de familias josefinas de clase media alta, graduadas de colegios privados y tendencialmente identificadas con el Partido Liberación Nacional o con la Coalición Unidad (que acababa de ganar las elecciones de febrero de 1978 con Rodrigo Carazo como candidato presidencial). Se trataba, por tanto, de un medio social y cultural muy distinto del que procedíamos mi amigo Henry y yo, dos incipientes izquierdistas descristianizados y sobrevivientes del Instituto de Alajuela. Por otro lado, aunque cuando ingresé a la UCR ya había leído un amplio repertorio de obras literarias, en el Seminario empecé a familiarizarme con otro tipo de lecturas, entre las cuales recuerdo ahora *El arte de amar* de Erich Fromm, la *Introducción a la historia contemporánea* de Geoffrey Barraclough, *Los conceptos elementales del materialismo histórico* de Marta Harnecker, *La aventura del trabajo intelectual* de Armando Zubizarreta y, en particular, *El hombre unidimensional* de Herbert Marcuse.

Susana nos dio amplia libertad para hacer la tesina, así que al final investigamos un tema bastante heterodoxo, que mezclaba los planteamientos económicos y sociales de Marx con algunas de las teorías de Freud, todo mediado por las perspectivas de Marcuse. Para presentar los resultados, hacia finales de noviembre de 1978 escribimos una pequeña obra de teatro (un monólogo de un solo cuadro), que habría sido un completo éxito si la grabadora, que iba a reproducir lo que pensaba el único personaje que estaba en escena, no se hubiera descompuesto inesperadamente, y si el efecto especial que habíamos preparado para simular el disparo con que él ponía fin a su vida, hubiera funcionado como estaba previsto. Nuestro estrepitoso fracaso en las tablas provocó que Raúl Torres, muy molesto, sometiera a todo el grupo a un examen oral ahí mismo, del cual –pese a todas las expectativas en contra– salimos bien librados.

Unos días después, tras constatar que habíamos aprobado el Seminario, Henry y yo nos sentamos en el pretil por última vez, y nos dedicamos a la observación etnográfica de las jóvenes universitarias que, al transitar por allí, fugazmente se exponían al implacable escrutinio de la mirada adolescente. Mientras estábamos ahí, despeinados por un diciembre incontenible (éramos por entonces unos soñadores de pelo largo, en el sentido serratiano de esa expresión), supe que él y yo, que habíamos sido inseparables desde tercer año de colegio, ya nunca más seríamos compañeros de estudios. Al dejar atrás Generales, también quedaba en el pasado una etapa fundamental de mi vida.